

3 de julio de 2010. *Chora Brasil*. De pronto se apagaron todos los ruidos, todas las bocinas, los gritos. Las banderas desprendidas de los automóviles se hallaban tiradas en las calles. Se supone que se dejaron de vender varios millones de objetos *verde-amarelos*. El mundo festivo palideció primero, lloró hasta que se secaron las lágrimas y luego se desmayó en una fantástica ausencia de vida. Es que se apostó a todo para no recibir casi nada. Luego del maravilloso gol de Robinho vino el auto-gol de Felipe Melo y Brasil se desmoronó ante la naranja.

Bueno, no escupir para arriba por favor!!!

Por la tarde tuvimos una reunión latinoamericana en casa de un amigo colombiano casado con una brasileña donde concurrimos dos parejas de uruguayos con brasileñas. En el trecho de calles que debimos transitar las personas caminaban cabizbajas, sumidas en un duelo fenomenal, digno –a mi humilde criterio- de mejor causa. En la casa, claro, todo era nerviosismo. El vino dulce brasileño sabía amargo en el arranque. Iniciamos el mate con la poquita yerba que nos queda y era también más amargo que nunca. Luego, claro, después del empate, el sufrimiento feroz. El desánimo, el ánimo que se superponían y un dolor en el pecho que parecía matarnos. Son los gajes de la emoción contenida y el sustento de glorias sucumbidas durante cuarenta años. Cuando el “loco” lo pateó, ya no respirábamos, ni siquiera sufríamos, estábamos absolutamente paralizados. Después todo fervor. El compatriota gritaba en el regreso el triunfo *uruguaio* y su entusiasmo, ante los atónitos brasileños. Ya ni siquiera especulábamos, recurrimos a los noticieros de TV buscando algo entre los desconsolados comentaristas. Algo que nos mencionara. Sufrimos una hora de desdichas ennumeradas hasta que un apéndice brevísimo nos mostró, como en un relámpago el último penal y los festejos en Montevideo. Dormimos más tranquilos.

*Roberto Bianchi*  
(desde Brasilia)